

Beethoven Sonata para piano, Opus 27: Casi una fantasía

Con ritmo sostenido,
afectuoso, acariciante,
comienza la sonata,
mi Musa, mi teclado,
apertura andante.

Un crescendo
de notas y de ondas,
eleva la frecuencia
en cascadas de energía.
Con múltiples acordes
aumentan su entropía,
y cálidas se disipan
en clave Do-mayor.

Y cuando recorro de nuevo tu teclado
sólo hay dos sonidos
en acorde acompasados,
tónico y dominante,
que, desde el primer instante,
tocamos enlazados.
Y el tiempo se dilata,
el espacio se contrae,
y el mundo es un Aleph
que apenas nos distrae.

Luego en Do mayor irrumpe otra armonía,
que tras un breve interludio
reaparece con fuerza en el allegro.
Sigue un movimiento lento
que nos devuelve al andante,
y a un garboso y estilizado scherzo,
en el que beso los cálidos labios
de tu vibrante cuerpo.

La música entra de lleno en el adagio,
se ciñe a la clave La-menor subdominante.
Tierna, feliz, delicuescente,
suplicas que toque más despacio.
La nota se interrumpe por una cadencia improvisada,
que nos lleva a un ágil rondó.
allegro vivace, molto vivace,
en una cuerda dominante se queda suspendida,
y en Mi-mayor retornamos al adagio.
Pero aún resta un último compás,
una coda final, una magnífica armonía:
Mi cuerpo fundido en el tuyo,
tu dicha y la mía.